

to negro; La noche negra demoradamente / aprieta el mundo entre sus rodillas». En el poema al que pertenece el último verso transcrito, titulado *Las bellas, las perfectas máscaras* puede palpase con especial dramatismo el desamparo del hombre contemporáneo, habitante solitario de un mundo sin dioses, sumido, como poco después se afirma, en un «engrudo espeso, oscuro». El poema *La noche*, al que pertenece este último verso y que es, a mi juicio, otra de las piezas memorables de Quintana, nos muestra al hombre brutalmente privado de toda claridad: «Ganas de gritar claros nombres serenos / PALLAS NAUSICAA ATHENA; ay, mas los dioses se fueron...» Tras la partida de los dioses diáfanos no queda sino la agonía de Jesús en la cruz, el dolor eterno y la eterna oscuridad: «¡Sólo tú permaneces...! sólo tú desde el fondo de la noche inmensa, agonizando eternamente en tu cruz!» Así queda plasmada la antítesis entre el mundo helénico del período heroico, panteísta y prístino, y el mundo cristiano, opaco, dolorido, enigmático y opresor. Esta imagen del mundo cristiano es —para Quintana— el único símbolo posible del hombre moderno, pero lo es en tanto manifestación de su frustración ontológica y vivencial. Para colmo, en este escenario agónico y difuso en el que nos debatimos, no nos puede consolar la palabra de Jesús: «¿De qué sirve ahora el Cristo del Corcovado?» Estamos ante el «silencio terrible del cosmos». Dentro y fuera del hombre reina una misma devastación. El repertorio de tragedias histórico-sociales acalladas en los primeros tres libros, pareciera dejar sentir su efecto catastrófico en esta cuarta obra de Quintana, teñida de esa desazón existencial generalizada, por lo demás, en la época en que escribió las páginas de *El aprendiz*. Situado ahora en el reverso del lirismo festivo dominante durante toda una década (1938-1948), el tono patético con que ingresa la poesía de Quintana a los años 50 parece haber agotado en un solo libro ejemplar todas sus posibilidades de desarrollo.

Si bien fue escrito antes que *El aprendiz de brujo*, el volumen titulado *Espejo mágico* aparece un año después, vale decir en 1951.

Desde un ángulo de ponderación estrictamente literario, los resultados obtenidos en esta nueva incursión lírica de Quintana constituyen un notorio retroceso con respecto a *El aprendiz*. Vuelve a adoptarse la construcción estrófica rimada, el ingenio prepondera una vez más sobre la auténtica profundidad, y un cierto moralismo impera a lo largo de los ciento once textos breves que integran la obra. Algo de razón tiene, por lo demás, Fausto Cunha cuando lo llama «libro puramente circunstancial» y debe haber sido la conciencia de ese «ocasionalismo» el que indujo a Quintana a excluirlo de la antología que preparó en el año 66. Tiempo después, sin embargo, en 1977, *Espejo mágico* reaparece, incorporado a las *Poesías*, un tomo que nos brinda los primeros cinco títulos de Mario Quintana.

La sentencia del Eclesiastés que figura como acápite del libro señala la vía regia temática por la que intentan orientarse las composiciones de *Espejo mágico*: «No seas muy injusto; ni más sabio de lo que es necesario, para que no termines siendo un estúpido». Es, pues, un adecuado término medio lo que se busca, esa *dorada mediocridad* horaciana que dista tanto del exaltado optimismo ontológico de los tres primeros libros, como del pesimismo gnoseológico que ahoga al poeta en *El aprendiz de brujo*. Esta función que está llamada a cumplir *Espejo mágico* explicaría la ubicación cronológica que le concedió Mario Quintana en el orden de difusión de sus publicaciones. Al ser,

de alguna manera, obra de síntesis entre alternativas abiertas por los cuatro libros recién referidos, cierra un ciclo de propuestas y búsquedas.

No sólo están ausentes en el *Espejo mágico* el lirismo ingenuo de *La calle* y las *Canciones*; falta también allí esa capitulación atormentada con respecto a los conflictos íntimos del yo de los dos primeros libros, y el sombrío tono elegíaco de *El aprendiz* con respecto a la aprehensión del mundo como sentido. En cambio, prepondera en la visión de lo real una ironía a veces cordial y a veces sarcástica que sirve de base a un humor constante, expresión —me parece— de una mutación «copernicana» en el modo de concebir el puesto y la función del hombre y el artista ante los problemas de la vida.

Si la impenetrabilidad de lo real para la conciencia propuesta en *El aprendiz* desbarrata cualquier posibilidad de celebrar el mundo fraternalmente, permite a la vez liberar al yo de la carga agobiante de culpas que venía soportando hasta entonces: hacia adentro y hacia afuera el hombre está igualmente extraviado. ¿A qué llamar entonces interioridad? ¿A qué, mundo objetivo? En una misma masa amorfa de incertidumbres se pierde el ser humano cuando intenta ser «más sabio de lo necesario». Es evidente que un desarrollo puramente lógico de estas comprobaciones hubiera desembocado en el suicidio. Pero de la autodestrucción se salvará el poeta a través del humor, vale decir de un relativismo gnoseológico que permite al yo compartir su carga de fracasos y vergüenzas con el mundo social circundante (actitud que redundará en un mayor realismo interpretativo del medio), sin que por ello la posición de denuncia que asume el escritor revista un tono acusatorio. Todo este proceso, empero, no constituye una auténtica síntesis de valor poético ya que, como queda dicho, *Espejo mágico* no resuelve en un orden estético específico —vale decir, con real calidad expresiva— la plasmación de los nuevos valores que alimentan la palabra del artista. Se trata, en consecuencia, de una obra cuyo interés se halla supeditado a la contemplación de la trayectoria total del poeta y es únicamente por eso que aquí se la toma en cuenta. Asimismo, debe entenderse que, si considerada con referencia a los criterios e ideas que pone en juego conforma una síntesis de disyuntivas previas, no menos relevante es el hecho de que la podamos considerar como punto de partida potencial de un nuevo ciclo lírico de Mario Quintana: aquél en que el humor, la denuncia social y una comunión menos arrebatada pero no por ello menos intensa con la vida, serán los rasgos preponderantes de sus creaciones. Veamos ahora, en una rápida reseña, de qué modo *Espejo mágico* conduce en esta dirección.

Un amargo desencanto respecto al prójimo puede notarse, desde un comienzo, en *Sobre la observación* y *Sobre el amigo*. Cierta ironía en lo que atañe al sentido del ejercicio de la literatura desplaza la visión solidaria y sentimental que con respecto al poeta y su oficio podía leerse en los tres primeros libros. Esa misma ironía pesa en la consideración del dolor y de las cuestiones teológicas, conformando una atmósfera tragicómica cuya actualidad no logra perfilarse con eficacia a raíz de los moldes formales anacrónicos en que el poeta inscribe su pensamiento. Un curioso panteísmo ético lo lleva a aceptar los frutos del mal tanto como los del bien, y la irreductibilidad de lo inalcanzable tanto como el goce posible de la plenitud. En todo, la moral del justo medio —refrendada por el acápite ya citado— parece ser la línea aconsejada en la medida que esa zona re-

sulta ser la más fecunda para el ejercicio del tono burlesco y el enjuiciamiento de las posturas extremas.

El escepticismo religioso de Quintana puede palpase en varios poemas pero su incredulidad con respecto a Dios no lo inclina a la práctica de un ateísmo burdo sino a la asunción de la vida como conflicto. De allí su desdén por la mediocridad de espíritu, manifestada en la visión del prójimo que articula el poema XX. Asimismo, el escritor reconoce que odia el sufrimiento pero que no ha sabido ser feliz. Poco después vuelve sobre el tema de la pobreza de miras y sobre lo sumidos que estamos en nuestra mezquina inmediatez.

De modo que el término medio enaltecido nada tiene que ver con la renuncia al debate de las grandes cuestiones del espíritu sino con el abandono de las posturas extremas y tajantes en la concepción de las mismas. Quintana rehuye así, permanentemente, las visiones contrastadas entre el bien y el mal, optando por una postura equidistante que, para él, es ahora sinónimo de lo verdadero y aconsejable. Ello no impide que con ácido humor celebre los beneficios de la crueldad y cante la venganza como condición de la paz interior. Frente a las oscilaciones irremediables del alma y a su invicta oscuridad última, la transparencia del cuerpo define el vitalismo sensual del poema XXVII, mientras las ironías sobre lo religioso llegan al punto en que puede verse a Dios recurriendo al *Homo sapiens* para que explique sus propias obras. Esta intemperie teológica no desespera al hombre: aceptando su finitud aprende a extraer, de su propia impotencia, los buenos frutos del humor:

La mosca debatiéndose: «¡No! ¡Dios no existe!
¡Sólo el Acaso rige la terrenal existencia!»
La araña: «¡Gloria a Ti, Divina Providencia,
Que a mi humilde tela esta mosca atrajiste!»

Escéptico con respecto al amor, Quintana nos muestra que todos sus pesares encubren egoísmo y que la idealización de la amada vale generalmente más que ella. Del amor ajeno dice que resulta ridículo y del propio que es desconfiable. El prójimo, a su vez, no es nunca merecedor de nuestra más íntima confianza porque la capacidad de mantener secretos no es atributo del hombre. Lógicamente, tanto desengaño no podía sino culminar en el reconocimiento de la irremediable inutilidad de la vida, pero del absurdo final se salva el poeta gracias a un apego intenso y paradójal a la sobrevivencia basado en la certeza de que la muerte no encierra encanto alguno, como puede verse en el poema titulado *Sobre la viudez*:

Él está muerto. Ella, sin paz.
Pero en este lúgubre asunto,
Quien enviuda es el difunto...
Porque no se casa más.

El lírico del absurdo

A la aparición de *Espejo mágico* siguió la de dos obras que no hay necesidad de contemplar en este estudio: la titulada *Poesías*, y a la que ya hice referencia, publicada en 1963 y reeditada en 1977, y una *Antología poética* del año 1966. La primera, con-